





[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

© 2000, Ana Catalina Burbano

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-682-8

Derechos de autor: 040413

Depósito legal: 004888

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2012

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Marzo 2017

Tercera reimpresión en Santillana Ecuador: Marzo 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Tito Martínez

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: Angélica Peñafiel

Diagramación: Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# La Niña Azul

Ana Catalina Burbano

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana



loqueleto



*La niña siempre sueña.  
La otra noche soñó que me encontraba.  
Todas las noches, arreglo su camita y la acompaño un rato.  
Después me voy por la ventana de su cuarto...*

*La Luna*



<b>I</b> .....	11
<b>II</b> .....	19
<b>III</b> .....	29
<b>IV</b> .....	31
<b>V</b> .....	35
<b>VI</b> .....	39
<b>VII</b> .....	41
<b>VIII</b> .....	45
<b>IX</b> .....	53
<b>X</b> .....	57
<b>XI</b> .....	61
<b>XII</b> .....	65
<b>XIII</b> .....	71
<b>XIV</b> .....	75
<b>XV</b> .....	79
<b>XVI</b> .....	81
<b>XVII</b> .....	83
<b>XVIII</b> .....	91

XIX.....	95
XX.....	103
XXI.....	105

Biografía.....	107
Cuaderno de actividades.....	109



Al otro lado del espejo está la Niña Azul. Para llegar hasta ella solo hay que ver despacio y con cuidado. Primero debes cerrar los ojos, como mirando hacia dentro de ti. Después los vas abriendo suavemente, como quien dice, pestaña por pestaña. Casi al final de la última pestaña, podrás ver que ella está ahí. No importa qué tipo de espejo sea. Puede ser chiquito o grande, alegre o aburrido. Eso no importa. Basta con que lo encuentres un lunes por la tarde, alrededor de las seis menos cuarto. Un poquito antes o un poquitín después podría resultar demasiado temprano o demasiado tarde, dependiendo del ánimo con que te hayas levantado ese día. La Niña Azul es amiga de todos, aunque pocos, muy pocos, la han encontrado. Hay quienes piensan que para hallar el espejo es necesario conocer una que otra palabra mágica. Yo les puedo decir que eso no es cierto: cualquiera de nosotros puede hallarlo.

La primera vez que vi a la Niña Azul fue en un espejo roto. Lo encontré entre las páginas de un libro

muy antiguo. Era un libro de versos que alguien había olvidado en un banco del parque. Estuve hojeándolo durante un buen rato, antes de descubrir lo que tenía entre mis manos. Al principio pensé que se trataba de un pedacito de cuarzo blanco. Seguí pasando las páginas y me di cuenta de que entre ellas se encontraban muchos fragmentos del mismo material. Era como si las piedrecillas fuesen brotando de cada una de las palabras escritas en el libro. Algo extrañada, las fui juntando sobre mi regazo. Cuando creí tenerlas todas, pude ver que formaban un espejo. Ya van a ver por qué les digo esto.

Volví a casa con el libro bajo el brazo y los cristales en el bolsillo izquierdo de mi abrigo. Al llegar, coloqué el libro de versos en un estante y dejé los cristales en mi mesita de noche. Era domingo y me acosté temprano. Al día siguiente tenía una reunión muy importante. Hacía más de tres meses que estaba sin empleo y, precisamente, esa misma mañana, había leído que un conocido diario de la capital necesitaba redactores:

**Se necesitan redactores.  
Presentarse el lunes. Traer  
currículum y fotografía reciente.**

Llegó el día esperado, y tomé el primer bus que pasó por la esquina de mi casa. Cuatro horas más tarde estaba de vuelta, en el mismo autobús, en la misma esquina y en el mismo estado, es decir, sin empleo.

—Ejem, esto que dice aquí... «e s c r i t o r a»... —había dicho la encargada del diario, detrás de unos lentes redondos—, ¿significa, tal vez, periodista?

Yo me quedé callada. Pensé en las veces que mi papá me había dicho que estudiara periodismo. «¡Ay, hija, escogiste la profesión equivocada!», exclamé para mis adentros y me fui despacito, recordando a esa escritora famosa a quien despidieron de un diario por inventarse las noticias, en lugar de limitarse a redactarlas.

«Pero si la verdad de los hechos no existe. Todo depende del cristal con que se miren», me repetía a mí misma con insistencia. Pero, claro, eso no lo diría la encargada de un diario.

Pensando en esa y otras razones similares llegué a casa y caí de bruces sobre la cama. Debo haberme quedado dormida. Al despertar, mi habitación estaba casi a oscuras y el reloj de pared andaba cerca de las seis menos cuarto. Entonces recordé los cristales del día anterior. Estiré el brazo y los encontré allí mismo, donde los había dejado. Me coloqué de lado, sobre un brazo, y empecé a examinarlos. Había más de cien y

ninguno se parecía al otro. Cada fragmento del espejo reflejaba formas y colores diferentes.

«Es como si a cada pedacito de cristal le importara, solamente, una parte de la realidad», me dije preocupada. «Por ejemplo, este, al igual que su vecino, está frente a mi abrigo rosado y, sin embargo, prefiere reflejar los tonos verdes de la cortina de mi cuarto». Fue entonces cuando se me ocurrió juntarlos a todos.

Al principio no pude ver nada. Todos los cristales juntos reflejaban, si no un laberinto, por lo menos un rompecabezas. Todos los colores y objetos de mi habitación se encontraban representados, indistintamente y fragmentados, en cada uno de los minúsculos cristales. De este modo, el flequillo celeste de mi alfombra se hallaba reflejado en un cristal cuyo vecino había optado por el café, más sobrio, de mi salida de cama. Empeñada en conseguir aunque fuese una sola imagen completa de cualquiera de los objetos que me rodeaban, no me percaté de que ninguno de los cristales parecía haberse dado cuenta de mi presencia. Así, pues, me lancé a la minuciosa tarea de juntar cristales que reflejasen, a mi entender, algunas formas y colores parecidos. Estuve así un buen rato, sin lograr mi objetivo.

Cansada, cerré los ojos y respiré profundo. No sabría decirles por cuánto tiempo estuve así. En todo caso, lo suficiente como para tomar conciencia de que,

en ningún momento, yo misma o algún fragmento mío, por decirlo de alguna manera, había aparecido en uno solo de los cristales.

—¡Pero si yo soy real! —alcancé a balbucear aterrada.

Pero no abrí los ojos. De repente, ya no confiaba en ellos. Quise verme, primero, con los ojos de adentro. Me miré bien, despacio y con cuidado. Me fui reconociendo. Hice memoria.

«Estoy aquí, soy yo misma», me dije un par de veces. Vi que estaba completa. Respiré hondo, dispuesta a abrir los ojos. Y lo fui haciendo lentamente, muy despacio...

Todos los colores y fragmentos de las imágenes anteriormente reflejadas en los cristales se habían hecho un solo color, se habían fundido en una sola imagen. La Niña Azul estaba allí. La encontré, o me encontró ella a mí, no lo sé. Lo cierto es que ahí estábamos, ella y yo, frente a frente, mirándonos.

—No has escrito más cuentos. Desde hace mucho tiempo no has escrito más cuentos —eso fue lo primero que ella pronunció y su voz me resultó familiar.

Quise decirle algo, explicarle que ahora quería escribir ensayos y artículos importantes, que tal vez ella estaba confundida, que la de los cuentos era otra, que se me habían terminado las palabras, en fin... En realidad no sabía qué responder; pero ella, compasiva, me sacó del apuro.



Contarles todo y de una sola vez lo que la Niña Azul dijo esa tarde no me está permitido. Tampoco podría describir su aspecto físico ni la textura de su voz. Creer que puedo hacerlo sería una soberbia, como desconocer que el mundo es mucho más que lo que ven mis ojos. En todo caso, si ahora cierro los ojos, respiro profundo y hago memoria, podría decirles que ella habló, más o menos, de este modo...



Al final del sendero amarillo, ese que asoma siempre en la mitad de nuestros libros favoritos, hay una puerta verde cuya manecilla es de plata. Si logras dar la vuelta a esa manecilla, si abres la puerta verde, verás que allí se encuentran casi todas las palabras. Y digo casi todas, porque siempre hay alguna que está por llegar. Es más, cada visitante, cada persona que quiera traspasar el umbral de la puerta verde, debe traer consigo, por lo menos, una nueva palabra...

Hubo una vez un niño, Pumadelcielo se había llamado a sí mismo, y si nombrar las cosas equivale a fundarlas, podría decirse que Pumadelcielo se creó a sí mismo. Nómada en sus orígenes, vivía en todas partes. Si hoy estaba en un bosque, podría ser que mañana cruzara algún desierto.

Herido por una mordedura de serpiente, había pasado innumerables días con sus noches a orillas del Gran Río. Entre la vida y la muerte, tendido sobre el musgo que lame el agua, Pumadelcielo veía pasar el



tiempo sin un quejido. A ratos la herida sangraba, a ratos la herida se cerraba. Al reconocer a su víctima en el instante mismo de la mordedura, la serpiente había retrocedido avergonzada. Leguas y leguas a la redonda, no había quién no conociese a Pumadelcielo.

En busca de un remedio para su víctima, la serpiente había recorrido las tierras altas y las tierras bajas. Hasta el fondo de la Tierra había llegado, y había solicitado ayuda a sus hermanas. Pero ellas, como todos los habitantes de esos lugares, decían siempre lo mismo:

—Nosotras no podemos hacer nada. Lo que ahora buscas está escrito que lo encuentres por ti misma.

Así, todos supieron que Pumadelcielo estaba malherido. Y así, todos se entristecieron. Por aire y por agua, de las tierras mansas y de las tierras ásperas, de todas partes llegaba gente hasta la orilla del Gran Río, gente que amaba a Pumadelcielo.

Había algunos, como el jaguar y la mandrágora, que conocían al muchacho desde pequeño.

—Ahora Pumadelcielo debe andar por los doce años —decía el jaguar más viejo.

—Doce años, cuatro meses y cinco días —precisaba en tono meloso la mandrágora, que no quería indisponerse con el jaguar. Ella se jactaba de haber visto nacer a Pumadelcielo—. Fue una noche de luna interminable